

A.C.N. DE P.

AÑO XVIII

Madrid 15 de diciembre de 1942

Núm. 300

CIRCULO DE ESTUDIOS DE MADRID

"FRUTOS DEL COMUNISMO"

Por Luis María DE LOJENDIO,
del Centro de San Sebastián, licenciado en
Derecho, periodista y publicista.

Don Fernando MARTIN-SANCHEZ: Nos va a hablar hoy Luis María de Lojendio, del Centro de San Sebastián. De las múltiples facetas que la personalidad de Luis María de Lojendio tiene



quisiera resaltar las que nos lo presentan con reflejo contemporáneo, es decir, de la guerra para acá. Durante la guerra, si se quería encontrar a Luis María de Lojendio, casi siempre, había que telefonar a "Términus". Lojendio estaba en "Términus". "Términus" era, en el "ar-

got" telefónico, la estación donde estaba el Cuartel General de Su Excelencia. Fruto de las crónicas de todo lo que él vió y presenció es su libro sobre "Operaciones militares de la guerra en España", libro que ha tenido gran éxito y que casi todos ustedes conocerán. Ese libro de Lojendio es historia vivida. Acaba de publicar otro libro ahora sobre "El Gran Capitán", que éste ya es historia estudiada. Los dos excelentes, los dos magníficos, los dos con verdadera profusión, abrumadora, de fechas, datos y citas, y aunque he dicho abrumadora, ello no impide que la prosa sea, como toda la de Lojendio, galana, florida, que se lee verdaderamente como recreo. Tenéis en pocas palabras resumida la actual personalidad de Lojendio, cronista e historiador, que al fin y al cabo son dos grados de evolución, porque el tiempo al vino le da solera y a la crónica la transforma en historia, y así las dos fases evolutivas de crónica e historia las recoge en su personalidad Luis María de Lojendio, que os va a hablar ahora.

Frutos del comunismo

Don Luis María DE LOJENDIO: Yo supongo que este capítulo de elogios nace de la excesiva buena voluntad y gran amistad de nuestro querido presidente. Muchísimo los agradezco, aunque siento no hallarme a la altura de tal presentación. Reduzcamos, pues, las palabras de nuestro querido Presidente a términos de justa modestia. No lo hago por falsa humildad, sino por atemperar el ambiente a la medida de

modestia y escasa preparación que sin duda habéis de descubrir en mi aportación a las tareas de vuestro Círculo de Estudios.

Había escrito esta conferencia, pues temí que las circunstancias de mi trabajo no me hubieran permitido venir a Madrid. Aunque no ha habido tal dificultad, ya que estaba escrita, prefiero leerla a vosotros y no pronunciarla.

1.—Aclaración previa

El alcance de esta conferencia, anunciada con el epígrafe amplio de "Frutos del comunismo", debiera precisarse y concretarse más. Su verdadero título será "Los frutos del comunismo, según la enciclica Divini Redemptoris". Procedo a esta delimitación, en primer término, por atenerme a las instrucciones recibidas en la nota que se me envió con el cuadro general del cursillo. Y lo hago también por la necesidad de buscar un guión, una norma que oriente en torno al engorrosísimo problema que supone hoy día el juzgar con objetiva serenidad los resultados producidos por esa experiencia atroz y tenacísima que es el comunismo ruso.

El tema soviético ha sido tratado de ordinario dentro del campo de la información periodística. Bajo la influencia de las noticias de cada día. Fluctuando al compás que marca la actualidad, muchas veces frívola y de ordinario desfigurada sistemáticamente por la presión de contrapuestas propagandas. De ahí la desorientación que se ha observado por el mundo al enfocar la vida de la Rusia soviética y las actividades de la III Internacional. Desorientación que ha llegado a un punto culminante con motivo de la guerra actual, cuyos incidentes y general desarrollo han supuesto la quiebra de multitud de informaciones, que fueron esgrimidas por los partidarios y por los enemigos del ideal comunista. Quienes nos hablaron en términos muy sentimentales de la redención proletaria propugnada con carácter extrapatriótico y supranacional, o del comunismo renunciando al imperialismo de la fuerza y de la guerra, han podido ver a la U. R. S. S. armada hasta los dientes, convertida en un ejército imponente de hombres, material y preparación guerrera, dispuesto a lanzarse sobre el Occidente con un ánimo en cuyo fondo, bien sea intuitivo o deliberado, vive el espíritu de las viejas invasiones asiáticas y la tradición política e impe-

rialista de la santa Rusia. Y del otro lado de la propaganda se nos había hablado también de multitudes tiranizadas, dispuestas a aprovechar la primera contingencia que se les ofreciera para alzarse contra sus opresores, de la crisis del ideal colectivo en aquel pueblo, del desbarajuste de la industria y de la producción, aspectos todos que hoy contradice el espectáculo militar que se ofrece en las fronteras orientales de Europa: la encarnizada y organizada resistencia rusa ante el empuje de la entidad militar más poderosa de que la Historia ha tenido noticia, que parecía irresistible por su fuerza material, por su cohesión, por la autoridad y jerarquía que la informan, por la precisión y técnica con que se dirige: el ejército alemán.

La desorientación informativa ha llegado a su extremo. ¿Qué pasa, qué ha pasado en Rusia? ¿Qué efectos, qué frutos positivos o negativos ha podido producir la implantación práctica y estable de un régimen comunista? Un examen honrado y sincero de estas dos preguntas nos ha de llevar a la conclusión de que en los momentos actuales no pueden ser contestadas en términos absolutos y precisos. El mucho material impreso a propósito del fenómeno ruso se convierte en nuevo motivo de desorientación. Al intentar fijar con claridad ideas fundamentales sobre el comunismo y sobre sus frutos es preciso liberarse de todo ese viejo aparato propagandista. Es necesario que huyamos de lo episódico y circunstancial. De las consideraciones asentadas sobre informaciones siempre parciales que puedan ser desautorizadas o contradichas por hechos nuevos. Es preciso remontar al fundamento mismo de la doctrina, del sistema, del régimen. Considerar lo sustantivo. Lo que no sufre alteración, pese a las variables circunstancias de una política, de una economía o de una resistencia armada.

2.—La actualidad en las encíclicas pontificias

No necesito convenceros de cuál ha de ser el firme criterio a seguir cuando intentamos elevar el punto de vista de nuestro examen: éste será la norma concreta marcada por las solemnes declaraciones pontificias. Ha sido principio fundamental de la Asociación el afirmar la vida de sus Círculos de Estu-

dios, en el comentario de las luminosas encíclicas con que los últimos Pontífices han esclarecido los gravísimos problemas que sacuden al mundo de nuestros días. Con machacona insistencia, con una reiteración que pudo parecer limitación y testarudez a muchos cultivadores de la frivolidad actualista, se ha predicado siempre por los organismos rectores de la Asociación la necesidad de estudiar y propagar estas encíclicas como documentos en los que se encierra categóricamente expresada la doctrina católica en relación y contraste con las cuestiones vivas que dividen y enzarzan hoy a las colectividades en crisis.

Aquí precisamente, cuando hemos de tratar de problemas relacionados con el comunismo ruso, se puede comprender muy bien el porqué de ese deliberado empeño de la Asociación en su propósito de buscar el firme apoyo doctrinal de las orientaciones de los Pontífices.

Consideremos por un momento el estado de espantosa desorientación a que ante el panorama de la guerra actual ha podido llegar un hombre culto, que para la contemplación y la crítica del atormentado ambiente en que nos ha tocado vivir haya seguido desde hace dos decenios la guía marcada por los amenos análisis de los pensadores en boga y de más universal difusión. Esa actitud, tan extendida en los medios cultos europeos, de objetar, sí, algunos reparos al frío materialismo marxista puro, pero envolviendo las objeciones en largos párrafos de gran cordialidad para la que llamaban "gran experiencia rusa", con informaciones gráficas de sus conjuntos de arquitectura moderna, los grandes embalses de sus centrales eléctricas, y multitudes de jóvenes practicando el deporte, que parecía original e inofensivo, de lanzarse en paracaídas. Y claro está que para que prosperase el tono de simpática comprensión era preciso silenciar de manera sistemática la ola de terror, la violencia de la táctica revolucionaria, la comitiva de atrocidades y crímenes que han acompañado en los distintos pueblos los propósitos consumados o frustrados de implantación del régimen comunista. Todo ese género de ensayos y comentarios caían dentro de la finalidad desorientadora de la propaganda soviética. La esencia misma, el fundamento de su tesis, que aparecía patente en su actividad callejera, se desfiguraba ante las gentes cultas, de régimen de vida cómodo y burgués, con el espejuelo de ciertas realizaciones sociales o técnicas. El viaje a Rusia, rígidamente reglamentado por los agentes del "Intourist", con la exhibición de algunas muestras seleccionadas, completaba el engaño. Y el fondo doctrinal y táctico, brutal y revolucionario del comunismo, podía quedar oculto a las sensaciones de un rápido e impuesto recorrido. En ocasiones bastaba, sin embargo, pisar aquellas tierras para comprender el equívoco.

Y frente a estas tesis, tan superficialmente verdidas, sometidas siempre, cuando son sinceras, al desengaño de una más completa información, destacan hoy con más fuerza que nunca, por su solidez y firmeza, las afirmaciones fundamentales de los romanos Pontífices a propósito del comunismo. En sus encíclicas no hay alusiones a temas episódicos. Han penetrado en la esencia misma del régimen y del sistema. Lo han hecho con seguridad y sin temor a rectificaciones, mediante un riguroso contraste de los principios y de las ac-

tividades comunistas en relación con los postulados eternos e inquebrantables de la doctrina y de la moral católicas. La firmeza de este criterio en el juicio de los Pontífices es la base del valor directivo y orientador de sus encíclicas, que subsiste hoy con plenitud de fuerza en medio de este mundo desorientado que ha presenciado la crisis de tantas vanas ideas.

A la luz de la encíclica "Divini Redemptoris" voy a examinar, pues, el tema de los frutos del comunismo, que es el objeto concreto de mi intervención de esta noche.

3.—Apartemos los problemas de la técnica

Su Santidad el Papa Pío XI plantea el tema comunista en torno a postulados esenciales, y al primer momento, al referirse en términos muy amplios a la falsa idea de redención que constituye el centro de su doctrina y que presenta como "un pseudo ideal de justicia, de igualdad y de fraternidad en el trabajo, que penetra toda su doctrina y toda su actividad de cierto falso misticismo que comunica a las masas halagadas por falaces promesas un ímpetu y entusiasmo contagiosos" (Azziazu: "Direcciones...", 1940. Página 510. Párrafo [8]), en este momento de previas definiciones, practica un deslinde que es fundamental cuando se considera el problema de los frutos del comunismo. El Papa separa del campo de su estudio los problemas estrictamente técnicos. Esos aspectos referentes a ciertas realizaciones materiales que han constituido el equívoco de confusión de muchos de los comentaristas de los fenómenos rusos. No es necesario que insistamos en la conocida posición católica ante estos aspectos. Una técnica, como sistema de orden material, debe estar subordinada en jerarquía al principio espiritual. La técnica, como la materia, han de servir a ese principio. No cabe decir que a la luz de la doctrina católica sea bueno o malo el empleo del cemento armado, o la construcción de grandes embalses, o la electrificación de los ferrocarriles, o el sistema de una concentración industrial. Son valores de orden material. Pero al mismo tiempo, cuando estas técnicas puedan suponer de éxito o victoria en el aprovechamiento de fuerzas naturales, tampoco se puede imputar como argumento en favor de la tesis espiritual que sostiene el régimen que emplea esas técnicas. Se trata de entidades heterogéneas que no pueden ser computadas en un mismo balance. Porque los beneficios conseguidos por ellas son frutos de la técnica en sí, que los produce científicamente empleada, aun cuando sirva a contrapuestos sistemas doctrinales o regímenes políticos. El equívoco que produce la confusión de estos distintos órdenes de la vida no puede decirse que sea nuevo. En realidad, se argumenta hoy en torno al bolchevismo con la misma falta de lógica con que muchos oradores y políticos del pasado siglo querían presentar la novedad que entonces representaban los ferrocarriles o los altos hornos, como si fuesen el fruto de la doctrina política del liberalismo y de la declaración de los derechos del hombre por la revolución francesa.

Es claro que tal punto de vista es insostenible. La técnica sólo puede rozar la vida espiritual en el área concreta de la vida moral, pues habiendo de emplear como un medio al hombre y a su trabajo, puede llegar a ser inmo-

ral en la forma de utilización que de ellos exija.

Por esto, el Papa Pío XI, en su encíclica "Divini Redemptoris", deja a un lado el examen de las posibles realizaciones técnicas de la Rusia comunista, y al referirse al falso ideal de justicia y al falso misticismo de que antes hemos hablado, consigna las siguientes palabras: "Se hace gala de este pseudo-ideal, como si él hubiera sido el iniciador de cierto progreso económico, el cual, cuando es real, se explica por causas bien distintas: como son la intensificación de la producción industrial en países que casi carecían de ella, valiéndose de enormes riquezas naturales, y el uso de métodos inhumanos para efectuar grandes trabajos con poco gasto." (Ed., cit. Ibid.)

Se apartan así mucho de esos aspectos secundarios que han sido motivo de confusión para tantos viajeros que regresaron de las tierras soviéticas y para muchos que, sin ir allí, se dejaron seducir por las relaciones estadísticas, las informaciones de revistas y las propagandas cinematográficas. El problema del comunismo y de sus efectos es mucho más hondo, y el Pontífice se eleva en su consideración hasta penetrar precisamente en su entraña.

4.—Dos aspectos fundamentales

En términos muy generales, cabe resumir en dos capítulos el espectáculo de las trágicas consecuencias del comunismo. Ante todo, nuestra posición católica, en el orden eterno y fundamental de los principios, ha de considerar los frutos que toda doctrina, bien sea teórica o realizada, produce para con esa entidad viva y superior que es el alma humana. El hombre tiene un alma individual y libre, un alma que ha sido redimida por el más augusto Sacrificio. Y esa alma que en el hombre vive hace del individuo una persona con anhelos espirituales, bien sea religiosos o cuando menos metafísicos, que promueven en el fondo de su conciencia ideales siempre insatisfechos, que son la esencia misma del vivir del hombre. De aquí que toda doctrina afirmativa o negativa de valores espirituales—este último es el caso del comunismo—haya de ser examinada en sus efectos para con la persona humana y sus prolongaciones naturales de la vida familiar y social en su sentido más amplio.

Pero al mismo tiempo que doctrina el comunismo es también un género de vida y de acción. Una teoría llevada a la práctica, cuya táctica política y social se ha impuesto en algún pueblo y ha intentado imponerse en otros. Tiene, pues, el comunismo una realidad histórica y puede ser examinado en sus efectos y en sus frutos, en ese terreno de la acción práctica, al intentar imponerse en distintos países: los efectos del comunismo, de la revolución comunista, de la III Internacional, que el Papa subraya con respecto a tres pueblos bien probados por la violencia de su terrorismo: Rusia, Méjico y España.

5.—Efectos del comunismo en el hombre, en la familia y en la sociedad

Al referirse al primero de los aspectos señalados, cuando considera los frutos que el comunismo ha producido o puede producir en la persona humana y en la vida familiar y social, el Sumo Pontífice no desciende a la contem-

plación directa de los individuos y las multitudes de la Rusia soviética. Para mayor seguridad en sus afirmaciones no se lanza a descubrir el tipo humano concreto con trazos que habrían de ser de precisión insegura si se tiene en cuenta el número de millones de almas sometidas a dicho régimen. Huye de la generalización peligrosa, de la abstracción que supone el juzgar a un pueblo a través de algunas individualidades que serán, si se quiere, más o menos representativas, pero cuyo testimonio vivo podrá ser siempre discutido si se intenta darle el valor absoluto de la manera de ser de todo un pueblo.

Para salvar este escollo, en la enciclica que comentamos se examinan los efectos que en el hombre, en la familia y en la sociedad produce el comunismo teórico y doctrinalmente considerado, como la consecuencia lógica de sus tesis. Por lo tanto, en esa parte de la enciclica fúndese la exposición de la doctrina con la de los frutos que produce. Y como el examen doctrinal del comunismo ateo ha sido el objeto concreto de la conferencia anterior de este cursillo, tal circunstancia permitirá dar a esta parte del comentario un carácter de simple síntesis, sin repetir en su detalle ideas que supongo habrán sido aquí briantemente expresadas.

Respecto de las consecuencias de la doctrina en la doctrina misma y en contraste con las tesis vivas de nuestro catolicismo, el Papa dice así: "Es evidente que en semejante doctrina no hay lugar para la idea de Dios, no existe diferencia entre espíritu y materia, ni entre cuerpo y alma, ni sobrevive el alma a la muerte, ni por consiguiente puede haber esperanza alguna en una vida futura." (Ed. cit. Pág. 511. Párrafo [9].) Y los frutos que produce esta concepción de la vida así definida los examina luego en el hombre, en la familia y en la sociedad.

a) En el hombre

"El comunismo — dice — despoja al hombre de su libertad, principio espiritual de su conducta moral, quita toda dignidad a la persona humana y todo freno moral contra el asalto de los estímulos ciegos. No reconoce al individuo, frente a la colectividad, ningún derecho natural de la persona humana, por ser ésta en la teoría comunista simple rueda del engranaje del sistema. En las relaciones de los hombres entre sí sostiene el principio de la absoluta igualdad rechazando toda jerarquía y autoridad establecida por Dios, incluso la de los padres; todo eso que los hombres llaman autoridad y subordinación se deriva de la colectividad como de su primera y única fuente." (Ed. cit. Pág. 511. Párrafo [10].)

b) En la familia

"Esta doctrina — continúa el Pontífice —, al negar a la vida humana todo carácter sagrado y espiritual, hace del matrimonio y de la familia una institución puramente artificial y civil, o sea, fruto de un determinado sistema económico; niega la existencia de un vínculo matrimonial de naturaleza jurídico-moral que esté por encima del arbitrio de los individuos y de la colectividad, y consiguientemente niega también su indisolubilidad. En particular, no existe para el comunismo nada que ligue a la mujer con la familia y la casa. Al proclamar el principio de la emancipación de la mujer, la separa de la vida doméstica y del cuidado de los hijos para arrastrarla a la vida pública y a la producción colectiva en la misma medida que al hombre, dejando a la colectividad el cuidado del hogar

y de la prole. Niega, finalmente, a los padres el derecho a la educación, porque éste es considerado como un derecho exclusivo de la comunidad." (Ed. cit. Págs. 511 y 512. Párrafo [11].)

c) En la sociedad

"¿Qué sería — se pregunta por fin — la sociedad humana basada sobre tales fundamentos materialistas? Sería una colectividad sin más jerarquía que la del sistema económico. Tendría como única misión la de producir bienes por medio del trabajo colectivo, y como fin el goce de los bienes de la tierra en un paraíso en el que cada cual "daría según sus fuerzas y recibiría según sus necesidades". El comunismo reconoce a la colectividad el derecho o más bien el arbitrio ilimitado de obligar a los individuos al trabajo colectivo, sin atender a su bienestar particular, aun contra su voluntad y hasta con la violencia." (Ed. cit. Pág. 512. Párrafo [12].)

Resumiendo, se pueden concretar cuatro ideas fundamentales: El comunismo despoja al hombre de su libertad. No reconoce al individuo frente a la colectividad ningún derecho personal. Disuelve la familia. Y al establecer en la vida social como única jerarquía la del sistema económico, convierte al hombre en un verdadero esclavo de sus exigencias y de las de la institución o grupo que representan y personifican a ese sistema.

El Pontífice — he dicho — no desciende a la visión directa y periodística del panorama humano de la Rusia soviética. Pero esto no quiere decir que al apuntar las características señaladas de la vida individual, familiar y social que allí se desenvuelve, lo haga sobre la base exclusiva de una consideración tan sólo teórica de la realidad rusa. Conviene no exageremos la nota al presentar sus afirmaciones como derivadas de un simple examen doctrinal. La información de la Santa Sede es amplísima, y aunque la enciclica no señala detalles concretos y directos de la vida en los países soviéticos, es lógico que un sinfín de referencias directas fueron tenidas en consideración al redactar el texto que comento. Lo que hace el Papa es fijar en la zona elevada de los principios muchas consideraciones recogidas del espectáculo que ofrece la multitud rusa.

6.—El testimonio de André Gide

Basta para convencerse de ello el recoger las informaciones aportadas por los viajeros que regresaron de las tierras soviéticas. La bibliografía es copiosa y la impresión en muchos casos contradictoria. Ya he indicado lo peligroso que es el empleo de esas referencias en las que las más de las veces se descubren a simple vista finalidades de tipo propagandista. Voy a destacar, sin embargo, el testimonio prestado de su visita a Rusia por el novelista francés André Gide, y lo hago por tres razones. La primera es la autoridad que presta a sus palabras la actitud que adoptó para con el comunismo. Posición de entusiasta adhesión y simpatía, dentro de ese tipo bolchevífico que ha caracterizado a gran parte de los grupos intelectuales burgueses de Europa. En segundo término, téngase en cuenta que Gide no es un hombre vulgar. Su sensibilidad extremada, que es en muchos puntos enfermiza y rebasa en algunos el peligroso límite de lo morboso, le lleva a subrayar aspectos de hondo sentido humano. Y por último, al contemplar la realidad rusa a través de

su "Retour de l'U. R. S. S." atraeré la atención sobre esta obra que, publicada en 1936, en pleno desarrollo de la guerra civil española, pasó aquí excesivamente desapercibida en medio de los más urgentes afanes de aquellos días.

Gide visitó la Rusia soviética, iniciando su recorrido en junio de 1936. Viaje oficial, de mucha más amplitud que los corrientes del "Intourist". Viaje de un intelectual comunista de lo más traído y llevado por la gran prensa internacional, que se acerca a conocer directamente lo que es un pueblo sometido al comunismo. Su posición ideológica, muchas veces expresada, había sido definida como una confesión de fe, con gran aparato y propaganda, un año antes. En el discurso titulado "Defensa de la cultura", que pronunció el día 22 de junio de 1935 en el Congreso Internacional de Escritores, de París, Gide había consignado frases como esta: "En una sociedad comunista es donde cada individuo, la personalidad de cada individuo, puede desarrollarse más perfectamente, o como dice Malraux en un prefacio recentísimo y ya célebre: "El comunismo devuelve su fertilidad al individuo." (Gide: "Defensa"... Madrid, 1936. Pág. 10.) Insiste sobre este tema en varios pasajes de aquel discurso y luego, de vuelta de su viaje, en las primeras páginas de su "Retour", cuando ya apunta la amargura de la decepción, se cree también en el caso de señalar su vieja afección hacia el comunismo: "¿Quién dirá — se pregunta — lo que la U. R. S. S. ha sido para nosotros? Más que una patria de elección, un ejemplo, un guía. Lo que nosotros soñamos, lo que apenas nosotros nos atrevemos a esperar, tenía lugar allí. Era, pues, una tierra en la que la utopía estaba a punto de llegar a ser realidad. Inmensas realizaciones llenaban nuestro corazón de exigencia. Nos parecía que lo más difícil estaba ya hecho y nos aventurábamos alegremente en esta suerte de compromiso hecho con ella en nombre de todos los pueblos que sufren." Gide: "Retour"... Gallimard. París, 1936. Pág. 15. 148 edición.)

Este hombre que así define su actitud es el que visita la Rusia soviética. En la reseña de su viaje hay, naturalmente, de todo. Ha visitado muchas fábricas, casas de reposo, jardines para la infancia, campamentos, parques de cultura. Ha hecho un largo recorrido en tren con una organización de "konso-mois". Ha admirado Leningrado, la vieja San Petersburgo zarista: "Yo no conozco — dice — una ciudad más bella; no hay más armoniosos esponsales de la piedra, del metal y del agua." ("Ibid". Pág. 35.) En Moscú, en cambio, a pesar de su fealdad, ha admirado la vida poderosa de aquella ciudad. Y de paso ha contemplado maravillosos paisajes, entre los que destaca los de los bosques del Cáucaso. Esta es la parte cordial y entusiasta de su relato. Pero de lo epidérmico desciende a la palpación humana. Es en Moscú donde descubre el uniformismo de la multitud: "Durante los meses de verano casi todo el mundo viste de blanco. Cada uno se parece a todos. En ninguna parte tanto como en las calles de Moscú es sensible el resultado de la nivelación social: una sociedad sin clases en la que cada miembro parece tener las mismas necesidades. Yo exagero un poco, pero apenas. Una extraordinaria uniformidad reina en todas las apariencias; sin duda, ella se manifestaría también en los espíritus si solamente pudiera verlos." ("Ibid". Págs. 36 y 37.)

Es aquí donde toma contacto con esa

multitud y aprecia los efectos de la nivelación. Pacientemente, durante horas y horas, de doscientas a trescientas personas hacen cola a la puerta de un bazar o almacén. ¿Qué busca esa gente? Gide penetra en el almacén. Como todos los viajeros, quiere comprar algo. Pequeños obsequios para llevar a París a su regreso de Rusia. Recorre el bazar y no puede menos de anotar su desilusión: "Yo hubiese querido traer algunos recuerdos a los amigos: todo es horroroso." ("Ibid" pág. 39.) El Estado, es el único vendedor. No hay competencia. En consecuencia, no hay iniciativa. No hay ingenio. Como buen francés no puede menos de acordarse del comerciante parisino: "Entonces yo pienso (a pesar de mi anti-capitalismo) en todos aquellos de entre nosotros que, del gran industrial al pequeño comerciante, se atormentan y se ingenian: ¿qué inventar que halagara el gusto del público? ¿Con qué sutil astucia cada uno de ellos busca a descubrir por qué refinamiento podrá suplantar a su rival? De todo esto el Estado no se preocupa, porque el Estado no tiene un rival. ¿Y la calidad? Para qué—nos dicen—, si no hay concurrencia. Así se explica demasiado fácilmente la mala calidad de todo en la U. R. S. S. y la ausencia de gusto en el público. Hubiese habido gusto y no se podría satisfacerlo." ("Ibid". Págs. 41 y 42.)

Se penetra así, a través de una consideración tan superficial, en una de las más características consecuencias del régimen comunista. Nivelación, falta de ideal, de ilusión, de las más legítimas aspiraciones de la persona humana. De aquí la apatía: "Vuelvo al pueblo de Moscú. Lo que asombra ante todo es su extraordinaria indolencia. Pereza sería, sin duda, decir demasiado... Pero el "stakhanovismo" ha sido maravillosamente inventado para sacudir el abandono (antes tenían el knout)." ("Ibid". pág. 43.) El "stakhanovismo", como se sabe, es una suerte de trabajo a destajo. Gide, con su conciencia de occidental, apunta sus efectos con cierta nota de ironía: "Me han contado—dice—que un equipo de mineros franceses viajando por la U. R. S. S., visitando una mina, ha pedido por camaradería relevar a un equipo de mineros soviéticos, e inmediatamente, sin apresurarse, no hay que dudar, han hecho "stakhanovismo." ("Ibid". Pág. 44.)

Pero no es sólo al trabajo material al que afecta esta consideración. El novelista francés había de prestar su atención a los problemas de la más noble producción artística. En este aspecto sus sentimientos eran claramente definidos. Un problema vive en todo su relato al tratar de este tema: ¿Puede crearse un arte cuando no hay libertad? Pero halló a un pueblo en el que la crítica artística se establece según normas de utilidad política de la obra: "En U. R. S. S.—dice—, por bella que pueda ser una obra, si no está "en la línea" es infamada. La belleza es considerada como un valor burgués. Por genial que sea un artista, si no trabaja en la línea, la atención se aleja, es alejada de él: lo que se pide al artista, al escritor, es el ser conforme, y todo lo demás le será dado por añadidura." ("Ibid". págs. 84 y 85.) Sus amigos rusos hablaron a Gide del problema del formalismo de la obra artística. Distinción entre el fondo y la forma en el arte. Más aún, sumisión de la forma al fondo. "Yo no puedo—dice—escribir estas palabras "forma" y "fondo" sin sonreírme. Pero sería preferible llorar cuando se ve que esta absurda distinción va a determinar la crítica. Que

esto fuese políticamente útil, tal vez; pero no habléis más aquí de cultura. Esta se encuentra en peligro desde que la crítica no es libremente ejercitada." ("Ibid". pág. 84.)

Estos aspectos, subrayados en los trabajadores manuales e intelectuales, es decir, en los dos extremos de la escala social, si se puede hablar de escalas sociales a propósito del comunismo, tienen aplicación general refiriéndose al hombre en su sentido más amplio. En Rusia se ha sometido al hombre a una experiencia de despersonalización. Señalaré algunos aspectos, con la posible rapidez. Visita, por ejemplo, Gide un "kolkhose" modelo: "Yo quisiera expresar—apunta—la extraña y entristecedora impresión que se desprende de cada uno de estos interiores: la de una completa despersonalización. En cada uno de ellos, los mismos mequinos muebles, el mismo retrato de Stalin: y absolutamente nada más; el menor objeto, el menor recuerdo personal." ("Ibid". pág. 47.) Y concluye que en la U. R. S. S. "la felicidad de todos no se obtiene más que desindividualizando a cada uno. La felicidad de todos no se obtiene sino a expensas de cada uno. Para ser dichosos, sed conformes." ("Ibid". pág. 48.) El conformismo, el estar dentro de la línea de conducta bochevique, es la tiranía que se exige del individuo sometido al comunismo.

Y precisa lo que se entiende por conformismo en la ideología del individuo medio: "En U. R. S. S. está admitido de antemano y de una vez para siempre que sobre todo tema, y no importa cuál sea, no puede haber sino una opinión... Cada mañana, la "Pravda" les enseña lo que es necesario saber, pensar y creer. ¿No está bien el salirse de ahí! De manera que cada vez que se conversa con un ruso, es como si se conversase con todos." ("Ibid", pág. 49.) Una propaganda deformada, mantenida de manera impenetrable, rebaja el nivel cultural y mantiene la ignorancia. Nos muestra varios detalles del ambiente: "Las preguntas que se os dirigen—escribe—son a menudo tan descorazonantes, que yo dudo en consignarlas. Se va a creer que las invento. Se sonríe con escepticismo cuando yo digo que en París también hay "Metro". ¿Tenemos nosotros únicamente tranvías? ¿Omnibus?... Uno pregunta (y no son niños, sino obreros instruidos) si nosotros tenemos también escuelas en Francia. Otro, un poco mejor informado, levanta los hombros: escuelas—dice—sí, los franceses las tienen, pero en ellas se maltrata a los niños; tiene esta referencia de fuente segura. Que todos los obreros entre nosotros sean muy desgraciados, no hay que decirlo, puesto que nosotros todavía no hemos hecho la revolución. Para ellos, fuera de la U. R. S. S. es la noche. Aparte de algunos capitalistas desvergonzados, todo el resto del mundo se debate en las tinieblas." ("Ibid". pág. 55.)

Realmente, en cada página de ese pequeño libro hay una enseñanza. Hemos de pasar por alto muchísimos aspectos que harían interminable esta relación: los niños abandonados, los "besprizornis" pululando por las calles de Sebastopol. La ostensible desigualdad social: en Stochi o en Sinop hay magníficos sanatorios para los privilegiados del régimen, y contiguos a ellos, campamentos sórdidos, barracones miserables donde viven hacinados los auténticos obreros que trabajan en la construcción de esos palacios. Por toda Rusia hay una enorme multitud de pobres, de los pedigríficos, los de solemnidad.

Y pasando por alto tantos detalles, todos ellos interesantes, buscaré una conclusión que resuma en cierto modo las impresiones del viajero. Por ejemplo, estas frases en las que expresa su gran decepción: "Dictadura del proletariado se nos prometía. Estamos lejos de eso. Sí: dictadura, evidentemente; pero la de un hombre, no la de los proletarios reunidos. La de los soviets. Importa no engañarse, es forzoso reconocerlo explícitamente: esto no es lo que se quería. Un paso más y diremos asimismo: es exactamente lo que no se quería." ("Ibid". págs. 76 y 77.)

Palabras son las acotadas que escribió André Gide a su regreso de Rusia. Para un hombre medianamente inteligente huelga todo comentario. No voy a hacerlo. Basta tan sólo recordar los puntos en que la encíclica "Divini Redemptoris" establece la crítica del sistema comunista: la pérdida de la libertad del hombre y la negación de los derechos de la persona. La disolución de la familia. La tiranía del Estado. Las palabras del novelista francés vienen a confirmar las ideas del Pontífice. Uno y otro escribían aproximadamente en la misma fecha. La encíclica se publicó el 19 de marzo de 1937. El Papa procedía mediante el examen doctrinal de los postulados del comunismo. El novelista, a través de la contemplación directa del panorama de la Rusia soviética. Partiendo de dos vías distintas, desde criterios doctrinales totalmente antagónicos, uno y otro examen llegaban a idénticas consecuencias. Pero tengase muy en cuenta: Gide escribió una rectificación. Pio XI no hacía sino confirmar la firme tesis de la doctrina católica.

7.—El silencio en torno a los crímenes del comunismo

Ante una actitud como la de André Gide merece elogio su sinceridad. Se puede decir: efectivamente, este hombre ha sido sincero. No importa que defienda todavía su tesis. Que quiera ver en el testimonio de su viaje una traición al ideal por parte de los directivos rusos. Que de regreso se pregunte: "¿Pero me había equivocado yo? Aquellos que han seguido la evolución de la U. R. S. S. desde hace apenas algo más de un año—responde—, dirán si soy yo quien ha cambiado o si ha sido la U. R. S. S. Y por U. R. S. S. entiendo aquel que la dirige." ("Ibid". Pág. 13.) No importa que se resista aún a dar su brazo a torcer. Lo importante es que su testimonio sea objetivo. Y al margen de ese forcejeo de su amor propio surge necesariamente una cuestión: ¿Como es posible que un hombre como Gide, un intelectual que quiere orientar a los espíritus de su época, si ha sido sincero, ha estado así engañado con respecto a las realidades comunistas? Porque la revolución bolchevique data de noviembre de 1917, y es bien raro que un intelectual, partidario decidido de aquella idea, no haya encontrado ocasiones de rectificación hasta muy entrado el año 1936. Diecinueve años de ignorancia. La cosa es muy extraña, y sobre todo si se tiene en cuenta que aparte de su actuación rusa, además de su orgía de sangre iniciada en 1917, el comunismo ha tenido una difusión internacional. Gide pudo contemplar el tono y los efectos de su táctica revolucionaria en Francia. Hubo de enterarse de la dictadura de Bela Kum en Hungría, de la actuación del comunismo en las sangrientas revueltas mej-

canas, y aunque todo el horror de que fué escenario España a partir de 1936 se inició en su fase extrema cuando el novelista francés viajaba por Rusia, cualquier hombre medianamente informado podía conocer la influencia de las órdenes de Moscú en las agitaciones revolucionarias que se desarrollaban hacia ya tiempo en las tierras españolas. ¿Por qué, pues, estos hombres que intentaban llegar a una verdadera comprensión del comunismo no fijaron su atención en este aspecto fundamental del sistema?

Es clarísima la deformación informativa que supone el omitir tan importante apartado de las realidades comunistas. Cuando el Papa Pío XI, en la "Divini Redemptoris", señala los motivos por los cuales se ha extendido tal doctrina, junto a la incompreensión del liberalismo económico y a la astucia de la propaganda soviética, indica también esta circunstancia del silencio con que se ha pretendido ocultar sus violentos crímenes. Dice así a este respecto: "Una tercera y poderosa ayuda de la difusión del comunismo es esa verdadera conspiración del silencio ejercida por una gran parte de la prensa mundial no católica. Decimos conspiración porque no se puede explicar de otro modo e. que una prensa tan ávida de poner en relieve aun los más menudos incidentes cotidianos haya podido pasar en silencio durante tanto tiempo los horrores cometidos en Rusia, en México y también en gran parte de España, y hable relativamente tan poco de una organización mundial tan vasta cual es la del comunismo moscovita. Este silencio se debe en parte a razones de política menos previsora y está apoyado por varias fuerzas ocultas, que desde hace tiempo tratan de destruir el orden social cristiano." (Ed. cit. pág. 514. Párrafo [18].)

En este punto, la propaganda comunista había actuado sutilísimamente. Se había llegado a crear un ambiente muy extendido, según el cual parecía de mal gusto e indicio de fanatismo, de un nivel intelectual inferior, el juzgar el régimen ruso a la luz de las violencias y crímenes por él cometidos. El solo recordarlos parecía sintoma de una intransigencia feroz, incompatible con la justa comprensión del fenómeno comunista. Sin embargo, la Iglesia católica alzó siempre su voz para romper esa conspiración del silencio. En la encíclica "Quadragesimo anno", Pío XI, al señalar los fines que el comunismo pretende, subraya la violencia y desaprensión de los medios empleados para dicho fin: "Para conseguirlo—dice—nada hay a lo que no se atreva, ni nada que respete, y una vez conseguido su intento, tan atroz e inhumano se manifiesta, que parece cosa increíble y monstruosa." (Azpiazu: "Direcciones"... Página 427. Párrafo [110].) Y en la "Divini Redemptoris" vuelve a insistir en que ese cortejo de horrores y crímenes constituye fruto natural y directo de la aplicación de la doctrina y del sistema comunista.

8.—Rusia, Méjico, España

Aquí, en España, no es preciso ponderar, ni siquiera comentar, cuáles son los trágicos extremos a que conduce esa barbarie que es fruto natural del comunismo. La experiencia es muy reciente y por desgracia demasiado vivida. No hace falta señalar maticados ni resumir estadísticas ni contar anécdotas. Con Rusia y con Méjico corresponde a España el triste honor de servir de cabeza ajena en que puedan escarmentar

tar las aficiones y veleidades comunistas de otros pueblos.

En el año 1937, cuando se publicó esta encíclica, se hallaba España dividida en aquella horrorosa convulsión que con angustia todos debemos recordar. Y el Papa Pío XI, con palabras de sincera emoción, dió cabida en este documento que comentamos a un verdadero mensaje dirigido al mundo civilizado sobre el exacto sentido de nuestra lucha. Decía así: "También allí donde, como en nuestra queridísima España, el azote comunista no ha tenido aún tiempo de hacer sentir todos los efectos de sus teorías, se ha desquitado desencadenándose con una violencia más furibunda. No se ha contentado con derribar alguna que otra iglesia, algún que otro convento, sino que, cuando le fué posible, destruyó todas las iglesias, todos los conventos y hasta toda huella de religión cristiana, por más ligada que estuviera a los más insignes monumentos del arte y de la ciencia. El furor comunista no se ha limitado a matar Obispos y millares de sacerdotes, de religiosos y religiosas, buscando de modo especial a aquellos y aquellas que precisamente trabajaban con mayor celo con pobres y obreros, sino que ha hecho un número mucho mayor de víctimas entre los sega-res de toda clase y condición que diariamente puede decirse son asesinados en masa por el mero hecho de ser buenos cristianos o tan sólo contrarios al ateísmo comunista. Y una destrucción tan espantosa la lleva a cabo con un odio, una barbarie y una ferocidad que no se hubiese creído posible en nuestro siglo. Ningún particular que tenga buen juicio, ningún hombre de Estado consciente de su responsabilidad puede menos de temblar de horror al pensar que lo que hoy sucede en España tal vez pueda repetirse mañana en otras naciones civilizadas." (Ed. cit. Págs. 514 y 515. Párrafo [20].)

Las palabras del Pontífice son muy claras y por desgracia demasiado ciertas. Se ofrece en ellas a otros pueblos el testimonio vivo del ejemplo de España como prueba de los estragos a que conduce el comunismo. Y son palabras que no deben ser olvidadas ni desfiguradas por los propios españoles. Cuando Pío XI las dirigió a la cristiandad, en 1937, la propaganda dirigida desde Moscú realizaba ya en los medios burgueses y derechistas del mundo entero una auténtica campaña de desorientación sobre el verdadero sentido de la lucha española. Dos ideas muy cultivadas por esa propaganda habían penetrado hasta en sectores de opinión que por sus ideas religiosas debieron haber mirado con especial simpatía los trabajos del Ejército nacional. La primera de estas ideas era la de que el salvajismo de aquellas violencias tenía tan sólo el alcance de ser la consecuencia de una instintiva ferocidad del alma española. La segunda pretendía explicar la oleada de los crímenes rojos como simple manifestación episódica del arrebató revolucionario en la primera fase de la lucha. Repito que aquí, en España, no es necesario ni siquiera comentar la significación de aquellos horriblos días. Basta que cada cual medite sus propios recuerdos. Que reviva su salvamento por cárceles y checas. Que vuelva a sentir el dolor del gran número de amigos y allegados que cayeron en la bruta matanza. Y por encima de las evocaciones personales y de las resonancias afectivas, baste tan sólo recordar que podría escribirse también una historia muy concreta aunque poco

conocida, del desarrollo del terrorismo dentro de la zona roja. De esta historia sólo señalaré las dos notas extremas que marcan la evolución de la técnica y de los procedimientos seguidos. En 1936 horrorizó al mundo la violencia del asesinato, sistemáticamente organizado, de personas de honrada condición que se extendió por los pueblos y las tierras en que no llegó a prosperar el alzamiento. Y el otro extremo cronológico de aquel cuadro de horrores, en 1939, el espanto fué si cabe mayor al descubrirse aquellos horribles recintos de tormento que fueron las checas de Barcelona. En la evolución marcada por esas dos formas extremas del terrorismo en la España desgraciada, se advertía claramente la influencia de un método y de un sistema característicos de la acción comunista. Desde el impulso salvaje de una multitud que ha roto todos los frenos morales hasta llegar al refinamiento sádico de la tortura, que es típicamente ruso.

9.—La táctica revolucionaria

Esos horrores y crímenes constituyen un fruto inmediato y directo del comunismo. Salgamos al paso de la tendencia, peligrosa y muy corriente, de atribuirlos a mero incidente transitorio de la táctica revolucionaria para la conquista del poder.

En 1917, en el periódico "Zürcher Volksrecht", Lenin señalaba esta táctica como una enseñanza de La Comune, de París: "Por la práctica de La Comune, de 1871, nos enseña Marx que "la clase obrera no puede apoderarse sencillamente de la máquina del Estado y ponerla en movimiento para sus fines". El proletariado puede y debe "romper" esa máquina (Ejército, Policía, burocracia). Esto es lo que los optimistas combaten o disfrazan. Esta es la enseñanza "más importante" de La Comune, de París, y la revolución rusa de 1905." (Citado según W. Currian: "El bolchevismo", Pág. 228.) De aquí que se haya querido ver una distinción entre la fase revolucionaria y el régimen ya establecido. Entre la etapa de la conquista del poder y la de su dominación real y efectiva. Se ha llegado en muchas ocasiones a considerar la ola de sangre extendida por el comunismo como un desgarró doloroso, sí, y lamentable, pero lógico y natural como trámite necesario para el advenimiento de un sistema espiritual y político que se dice más justo y más humano, que se pretende sea la síntesis y la superación de una etapa de la cultura.

Hemos visto a qué quedan reducidos la nueva humanidad y el nuevo humanismo que se desprenden de las doctrinas comunistas. Vistos los frutos que tal sistema produce en el hombre, en la familia y en la sociedad, se comprende el profundo engaño de este nuevo argumento, que siembra el espanto y el terror, pero no hace a los hombres mejores. Y conviene también salir al paso de esta apreciación muy extendida y que se aplica asimismo a todos los regímenes que pretenden justificar el empleo de los métodos revolucionarios para alcanzar el Poder, mantenerse en él e imponer sus reformas. Porque dentro de la doctrina tradicional católica, por bueno y santo que sea el futuro régimen que postulen, nunca puede justificar la intrínseca inmoralidad de los medios o procedimientos revolucionarios, toda vez que el empleo de la violencia sólo podrá ser en cierto modo tolerado cuando se manifiesta como un movimiento de legítima defensa de la Sociedad, del Estado y de la Patria,

precisamente frente a los excesos de una revolución criminal. Y ocurre, además, que los regímenes que se asientan en una revolución son al cabo devorados por ella, pues roto el freno de la Ley, sea humana, divina o natural, el Estado carece de autoridad moral para imponerla luego en su propio beneficio. De aquí el hecho, tantas veces subrayado, de que la revolución conduce a la tiranía.

Pío XI, en la "Divini Redemptoris", se opone, como es lógico, a esta pretendida excusa de las violencias por el carácter transitorio y de la revolución como mera fase de la conquista del Poder. No; el horror y la barbarie de los crímenes comunistas no pueden ser considerados como un mero episodio de una etapa política, sino que son el fruto natural del sistema. Repetiré sus palabras: "Ni se puede decir que semejantes atrocidades sean un fenómeno transitorio que suele acompañar a todas las grandes revoluciones o excesos aislados de exasperación comunes a toda guerra, no: son frutos naturales de un sistema que carece de todo freno interno. El hombre, lo mismo como individuo que como miembro de la sociedad, necesita un freno. Los pueblos bárbaros tuvieron este freno en la ley natural, esculpida por Dios en el alma de todo hombre. Y cuando esta ley natural fué mejor observada se vió a antiguas naciones levantarse a una grandeza que deslumbra aún, más de lo que convendría, a ciertos hombres de estudio que consideran superficialmente la historia humana. Pero si se arranca del corazón de los hombres la idea misma de Dios, sus pasiones les empujarán necesariamente a la barbarie más feroz." (Ed. cit. página 515, párrafo [21].)

Y la Historia viene a confirmar la profunda realidad de estas palabras. En Rusia la revolución se inició en 1917. ¿Puede decirse cuándo ha concluido efectivamente esa fase? Gide en 1936, al referirse a la dictadura y tiranía que contemplaba al viajar por aquellas tierras, juzgó la situación con estas expresivas palabras: "La invitación al terrorismo." ("Retour...", página 77.)

Este es, en definitiva, el verdadero fruto del comunismo: el terrorismo. Una invitación al terrorismo de los oprimidos, que son lanzados al disparadero de una nueva revolución por el terrorismo de que hacen gala los tiranos rojos. El itinerario que en España condujo de la ola de crímenes del 36 al sistema de checas atroces del 39. En definitiva, de la revolución a la revolución. Y en las etapas de este recorrido, que podrá ser más o menos largo según la evolución histórica de cada pueblo, en la violencia impuesta por el sistema ateo y materialista, se aplasta al hombre negándole su libertad, despersonalizándole, sometiéndole al despotismo de un régimen económico que ahoga brutalmente sus más nobles aspiraciones, ilusiones e inquietudes. Que destroza la familia, la disuelve, rebaja a la mujer y le arrebató sus hijos para convertirlos en hijos del Estado. Que convierte la sociedad en un mecanismo artificial que sólo puede subsistir bajo el yugo de la tiranía.

Y concluiré con palabras del Pontífice: "No se pisotea impunemente—dice—la ley natural ni al Autor de ella: el comunismo no ha podido ni podrá imponer su intento ni siquiera en el campo puramente económico." Y más adelante continúa: "Aun en el campo económico es necesaria alguna moral,

LOS EJERCICIOS DE CHAMARTIN

Actividades de los Centros ORENSE

CELEBRADOS CON GRAN RECOGIMIENTO Y PIEDAD

Fueron dirigidos por el padre Marina, S. J.

En los días 4 al 9 del actual, organizada por la Secretaría del Centro de Madrid, se ha celebrado en Chamartín una tanda de Ejercicios, a la que han asistido cerca de 40 propagandistas pertenecientes en su mayor parte a este Centro, pero en la que no han faltado representantes de otros Centros: Avila, León, Murcia, Cáceres, Córdoba...

Los ha dirigido el reverendo padre Marina, S. J., antiguo propagandista.

Con la celebración de esta tanda y la de la que se prepara para la tercera semana de Cuaresma procura el Centro de Madrid cumplir uno de los fines más importantes de la Asociación—intensificar la vida espiritual—y dar facilidades a los propagandistas para que cumplan el precepto reglamentario de hacer los Ejercicios y los acuerdos de las Asambleas generales de Loyola, que recomiendan encarecidamente no quede uno solo sin beneficiarse de las gracias y favores espirituales que se derivan siempre de practicarlos.

Y resulta altamente consolador—lo hacemos constar con santa alegría porque revela la importancia que los propagandistas dan a los Ejercicios—, el recogimiento y ejemplaridad de que son exponente estos actos colectivos de la Asociación.

Al sosiego y tranquilidad espiritual que siguen siempre a quien los hace debidamente podemos añadir nosotros la alegría que se deriva de oír a los padres que los dirigen su contento y satisfacción por la piedad de que dan pruebas los miembros de la Asociación y por el cuidado y celo que ponen en cumplir las orientaciones y direcciones que se les dan no sólo en cuanto a las prácticas externas—silencio y recogimiento—, sino en el sometimiento alegre y sincero de la voluntad—oración, meditación, intensa vida espiritual.

Es un día el padre Sarabia, otro el padre Cayuela, hoy el padre Marina quienes afirman, con estas o parecidas palabras "que las tandas de Ejercicios de los propagandistas han de ser bendecidas por Dios, porque El premia siempre a los que piden con humildad y devoción, cualidades que se notan en todas ellas".

¡Quiera El que ningún propagandista deje de hacer Ejercicios este año!

algún sentimiento moral de la responsabilidad, para el cual, por cierto, no hay lugar en un sistema puramente material como el comunismo. Para sustituir ese sentimiento no queda más que el terrorismo." (Ed. cit., páginas 515 y 516, párrafo [23].)

El Centro ha reanudado sus actividades en los primeros días del mes de noviembre, celebrando un Círculo de Estudios semanal sobre los temas del programa del curso pasado que habían quedado por exponer. Al iniciarse el año se dará comienzo al estudio del programa del Centro de Madrid sobre "El naturalismo ateo contemporáneo y la doctrina de la Iglesia."

TOLEDO

Durante el mes de noviembre, en el Centro de Toledo ha desarrollado una serie de conferencias sobre temas concpcionistas y anticoncepcionistas don José Rivera Lema, padre del que fué secretario de dicho Centro, Antonio Rivera, "El ángel del Alcázar". En las ponencias, que despertaron gran interés, especialmente por su aspecto moral, tomaron parte casi todos los circuilistas con objeciones y preguntas.

En Radio Toledo los propagandistas han comenzado ya su emisión sabatina titulada "Hora católica", que tiene la bendición y aprobación del excelentísimo y reverendísimo señor arzobispo Primado de las Españas. El padre Eliseo de la Torre, S. J., lleva personalmente la parte musical. Fundamentalmente las emisiones constan de comentarios evangélicos, charlas sociales y unas palabras sobre alguna advocación popular de la Virgen.

En dichas emisiones intervienen de forma muy activa don Santiago Alvarez, consiliario del Centro, don Angel Aguilar, director de Radio Toledo, y don Crescencio Rubio Sáez.

VALLADOLID

El Centro de Valladolid, animado de nueva vida en el presente curso por la presencia en él del consejero de la Asociación, don Antonio Lombart, ha comenzado sus trabajos. Se reúne todos los viernes en la residencia Menéndez Pelayo, que dirigen los padres jesuitas, el Círculo de Estudios, en el que se está desarrollando el tema "Los derechos imprescriptibles de la persona humana". Dada la índole esencialmente universitaria del Centro vallisoletano, también se estudiará la creación y establecimiento de Colegios Mayores, la relación con los problemas inherentes a la vida escolar y "las condiciones de vida de los estudiantes en la Universidad de Valladolid".

NOTICIAS

Ha fallecido en Madrid el padre de nuestro compañero JOAQUIN DEL POZO. Rogamos a los propagandistas una oración por el alma del finado y acompañamos a nuestro compañero en su dolor.

—En Tortosa ha fallecido la madre política de nuestro compañero del núcleo de Tetuán, Mariano Hernández Fernando, que llevó el nombre de Pilar Fustegueras de Ravanals. Se ruega a los propagandistas encomienden a Dios el alma de tan virtuosa señora.

—José María Badius, del Centro de Barcelona, ha tenido la dicha de ver alegrado su hogar con el nacimiento de su primogénito, a quien le han sido impuestos los nombres de José María, Luis y Jorge.